

jos; nadie mejor que este maestro de los antiguos tiempos, estaba convencido de la verdad de esta máxima: «Apresúrate con lentitud.» ¿Qué pensaría de estos tiempos, en que, tanto en lo moral como en lo físico, se cree que nunca se camina con bastante rapidez? El señor de Fontanes prefería viajar al compás de una deliciosa medida. Ya habéis leído lo que de él dije cuando le encontré en Londres; sus sufrimientos de aquella época, debo repetirlo: la vida nos obliga continuamente a llorar por el porvenir o por el pasado.

El señor de Bonald poseía un talento sutil; se aceptaba su vivacidad como genio; había soñado su política metafísica en el ejército de Condé en la Forest-Noire, lo mismo que esos profesores de Jena y de Gottinga, que marcharon después al frente de sus discípulos y se dejaron matar por la libertad de Alemania. Innovador, aun cuando había sido mosquetero en el reinado de Luis XVI, miraba a los antiguos respecto a la política y a la literatura, como niños, y pretendía, empleando la fatuidad del actual lenguaje, que el decano de la universidad no estaba aún bastante adelantado para comprender todo esto.

Chénédollé, con ciencia y con talento, no natural, pero adquirido, estaba siempre tan triste, que él mismo se apellidaba *le corbeau* (el cuervo). Habíamos hecho un tratado: él entraba a saco en mis obras; yo le abandonaba mis cielos, mis vapores, mis nubes; pero habíamos convenido en que él respetaría mis brisas, mis olas y mis selvas.

Hablo ahora solamente de mis amistades literarias; en cuanto a mis amistades políticas, no sé si pasarlas en silencio; ¡principios y discursos han abierto entre nosotros un abismo!

La señora Hocquart y la señora de Vintimille iban a la reunión de la calle Nueva del Luxemburgo. La señora de Vintimille, mujer de otros tiempos, de las que ya quedan muy pocas, frecuentaba el gran mundo y nos traía noticias de lo que en él pasaba: yo le preguntaba si se edificaban todavía ciudades. La pintura de los escándalos que bosquejaba con una gracia picante, sin ser ofensiva, nos hacía conocer mejor el valor de nuestra seguridad. La señora de Vintimille, y su hermana, habían sido cantadas por el señor de La Harpe. Su lenguaje era circuncuspecto, su carácter contenido, su talento incontestable.

La señora Hocquart fué muy querida del hermano de la señora de Beaumont, quien se ocupó de la dama de sus pensamientos, hasta sobre el mismo cadalso, como Aubrac iba a la horca besando un manguito de terciopelo labrado azul, única prenda que le quedaba de los beneficios de Margarita de Valois. En ninguna parte se podrán reunir bajo el mismo techo tantas personas distinguidas, pertenecientes a clases distintas y a destinos diversos, y pudiendo hablar de las cosas más vulgares como de las más elevadas; sencillez de asuntos que no provenía seguramente de falta de recursos, sino de la elección. Esta ha sido tal vez la última sociedad donde ha aparecido el espíritu francés del tiempo antiguo. En la nueva Francia no se encuentra hoy aquella cortesía, fruto de la educación, y transformada por el continuado uso en una especie de carácter. ¿Qué fué de esta sociedad? ¡Haced proyectos, reunid amigos, para prepararos un duelo eterno! La señora de Beaumont no existe, Joubert no existe. Chénédollé no existe, la señora de Vintimille no existe. Hace años, durante las vendimias, yo visitaba en Villeneuve al señor Joubert; me paseaba con él por las orillas del Yonne; él cogía hongos en los sotos, y yo gusanos de luz en los prados. Hablábamos de muchas cosas, y, sobre todo, de nuestra amiga la señora de Beaumont, ausente para siempre: renovábamos el recuerdo de nuestras antiguas esperanzas. Por la noche regresábamos a Villeneuve, ciudad rodeada de murallas decrepitas del tiempo de Felipe Augusto, y de torres arruinadas, sobre las cuales se elevaba el humo del hogar de los vendimiadores. Mi amigo me hacía ver desde lejos, sobre una colina, una senda arenosa por entre los bosques; por ella iba a ver a su vecina, oculta en la casa de campo de Passy durante el terror.

Desde la muerte de mi querido huésped, cinco o seis veces he atravesado el Senonais. Desde el camino contemplaba aquellos lugares; pero Joubert no se paseaba por ellos; reconocía los árboles, los campos, las viñas, los pequeños montones de tierra en que teníamos costumbre de descansar. Al pasar por Villeneuve dirigía una mirada a la calle desierta y a la casa cerrada de mi amigo. La última vez que me sucedió esto iba de embajador a Roma. ¡Ah! ¡Si él hubiese estado allí, hubiésemos ido juntos a visitar la tumba de la señora de Beaumont! Plú-

gole a Dios abrir al señor Joubert una Roma celeste que se adaptaba mejor a su alma platónica, aunque cristiana. Ya no volveré a encontrarle aquí abajo: yo iré hacia él: él no vendrá hacia mí. (Psalm).

París, 1837.

AÑOS DE MI VIDA 1801, 1802 Y 1803.—VERANO EN SAVIGNY.—TALMA.—«EL GENIO DEL CRISTIANISMO». — CAÍDA ANUNCIADA.—CAUSA DEL ÉXITO FINAL.—EFECTOS DE LA OBRA.

El éxito de *Atala*, habiéndome determinado a volver a reanudar *El Genio del Cristianismo*, del que ya tenía impresos dos tomos, el señor de Beaumont me propuso que me daría habitación en el campo, en una casa que acababa de arrendar en Savigny. Seis meses pasé en aquel retiro con el señor Joubert y nuestros demás amigos.

Por la mañana almorzábamos juntos; después me retiraba a trabajar. La señora de Beaumont me copiaba las citas que yo le había indicado. Aquella noble mujer me ofreció un asilo cuando yo no lo tenía; sin la paz que ella me proporcionó, tal vez no hubiese concluido una obra que no había podido escribir durante mis malos tiempos.

Me acordaré siempre de algunas tardes pasadas en aquel abrigo de la amistad; de vuelta del paseo nos congregábamos al lado de un estanque que había en un campo de césped de la huerta. La señora Joubert y la señora de Beaumont y yo nos sentábamos en un banco; el hijo de la señora Joubert se entretenía jugando a nuestros pies sobre la verde alfombra: este niño tampoco existe. El señor Joubert se paseaba en una solitaria y arenosa calle de árboles; dos perros que guardaban la casa y una gata jugaban a nuestro alrededor en tanto que las palomas se arrullaban en los aleros del tejado. ¡Qué felicidad para un hombre recién llegado del destierro, después de ocho años pasados en el más completo abandono, a excepción de unos cuantos días que pasaron como un soplo! En aquellas tardes era cuando mis amigos solían hacerme hablar de mis viajes; jamás he descrito tan bien como entonces los desiertos del Nuevo Mundo. Por la noche, abríamos las ventanas de nuestro salón campestre, y la señora de Beaumont me señalaba diversas constelacio-

nes, diciéndome que algún día me acordaría de que ella me había enseñado a conocerlas; después de su muerte, no lejos de su tumba en Roma, he buscado muchas veces desde en medio de los campos las estrellas que me había señalado; las he visto brillar por encima de las montañas de la Sabinia: el rayo de luz de estos astros matizaba la superficie del Tiber. El sitio desde donde las había visto en Savigny y los lugares en que las volvía a ver, la inestabilidad de mi destino, aquella señal que una mujer me había dejado en el firmamento, para que me acordase de ella; todo esto destrozaba mi corazón. ¿Por qué milagro consiente el hombre en hacer lo que hace sobre la tierra, si sabe que ha de morir?

Cierta noche vimos a un individuo entrar con mucho sigilo en nuestro retiro por una ventana y salir por otra: era el señor Laborie, que se escapaba de las garras de Bonaparte. Algún tiempo después apareció una de esas almas en pena, que son de una especie distinta a las demás, y que mezclan, al pasar, su desgracia desconocida a los vulgares sufrimientos de la especie humana: era mi hermana Lucila.

Después de mi llegada a Francia había escrito a mi familia para noticiarla mi regreso. La condesa de Marigny, mi hermana mayor, me buscó la primera, equivocó la calle, y encontró a cinco señores La Sange, de los cuales el último subió del fondo de una covacha de zapatero de viejo para responder al llamamiento. La señora de Chateaubriand llegó más tarde: estaba encantadora y llena de todas las cualidades propias para proporcionarme la felicidad que he encontrado a su lado desde que estamos reunidos. Lucila, condesa de Caud, se presentó luego. El señor Joubert y la señora de Beaumont mostraron por ella la más profunda amistad y la más tierna compasión. Desde entonces se estableció entre ellas una correspondencia que no terminó sino con la vida de aquellas dos mujeres, que se habían inclinado una hacia la otra como dos flores próximas a marchitarse. Mi hermana Lucila, habiéndose detenido en Versalles el 20 de septiembre, me escribió la siguiente carta: «Te escribo rogándote des las gracias a la señora de Beaumont por la invitación que me ha hecho de ir a Savigny. Espero tener este placer dentro de unos quince días, a no ser que haya algún inconveniente por parte de la señora de Beau-

mont.» La señora de Caud vino a Savigny como había anunciado.

Ya os referí que mi hermana, en su juventud canonesa del capítulo de Argentièrre y destinada al de Remiremont, había sentido por el señor de Malfilâtre, consejero del parlamento de Bretaña, un cariño, que encerrado en su pecho había aumentado su natural melancolía. Durante la revolución se casó con el conde de Caud, a quien perdió a los quince meses de matrimonio. La muerte de la señora condesa de Farcy, hermana que ella quería con ternura, aumentó la tristeza de la señora de Caud. En seguida se unió a la señora de Chateaubriand, mi esposa, adquiriendo sobre ella un ascendiente que llegó a ser doloroso, porque Lucila era violenta, imperiosa, y la señora de Chateaubriand, sometida a sus caprichos, se tenía que ocultar de ella para hacer en su favor lo que una amiga más rica hace por una amiga susceptible y menos bien acomodada.

El carácter de Lucila y su genio habían llegado a la misma locura de J. J. Rousseau; creíase acechada de secretos enemigos y daba a la señora de Beaumont, al señor Joubert y a mí señas falsas para que la escribiésemos; examinaba siempre los sobres, procurando descubrir si habían sido abiertos; andaba errante de domicilio en domicilio; no podía permanecer ni en casa de mis hermanas ni con mi esposa; les había cobrado antipatía, y la señora de Chateaubriand, después de haber sentido hacia ella el más tierno cariño, concluyó por verse agobiada bajo el peso de unas relaciones tan crueles.

Otra fatalidad pesaba sobre Lucila; el señor de Chénédollé, que habitaba cerca de Vire, la había ido a ver a Fougères; bien pronto se habló de un casamiento que no llegó a realizarse. Todo le salía mal a mi hermana, que no tenía ya valor para soportarse a sí misma. Este espectro melancólico se sentó un instante sobre una piedra en la risueña soledad de Savigny. ¡Tantos corazones la habían recibido en ella con alegría! ¡Ellos la hubieran conducido a la dulce realidad de la existencia! Pero el corazón de Lucila no podía latir sino en una atmósfera expresamente formada para ella, y que no había sido aspirada. ¿Por qué Dios había creado ese ser únicamente para sufrir? ¿Qué misteriosa relación existe entre una naturaleza que sufre y un principio eterno?

Mi hermana no estaba cambiada; solamente que había adquirido la expresión fija de sus males: su cabeza estaba un poco inclinada hacia adelante, como si sobre su frente pesaran las horas vividas. Me recordaba mis parientes: estos primeros recuerdos de familia, evocados de la tumba, me cercaban como las larvas que se acogen por la noche a la llama moribunda de una hoguera fúnebre. Al contemplar a mi hermana, me parecía entrever toda mi infancia, que me miraba por detrás de sus ojos extraviados.

La visión dolorosa se desvaneció; aquella mujer, agobiada bajo el peso de la vida, parecía haber venido a buscar a la otra mujer doliente que debía llevarse consigo.

Pasó el verano: según costumbre, me propuse volver a hacer lo mismo al año siguiente: pero la hora que se desea no vuelve. Durante el invierno, en París, hice algunas nuevas amistades. El señor Julien, hombre rico, obsequioso y alegre, tenía un palco en el Teatro Francés; enviábaselo muchas veces a la señora de Beaumont; fui en varias ocasiones al teatro con el señor Fontanes y el señor Joubert. A mi entrada en el mundo, la antigua comedia estaba en todo su esplendor; la volví a encontrar en un estado completo de descomposición: la tragedia se sostenía todavía, gracias a la señorita Duchesnois, y, sobre todo, a Talma, que había llegado a la mayor altura del talento dramático.

El retrato que madama de Staël hizo de Talma en su obra sobre Alemania no es verdadero más que a medias: la brillante escritora vió al actor eminente a través de su imaginación de mujer, dándole lo que le faltaba.

¿Quién, pues, era Talma? Era él, su siglo y el tiempo antiguo. Tenía las pasiones profundas y concentradas del amor a la patria; estas pasiones salían de su pecho por explosión. Reunía la inspiración funesta, el desarreglo del genio de la revolución al través de la cual pasó. Los terribles espectáculos que le habían rodeado, se repetían en su talento con el acento de las lamentaciones de los coros de Sófocles y de Eurípides. Su gracia, que no era una gracia calculada, os sobrecogía como la fatalidad. La negra ambición, el remordimiento, los celos, la melancolía del alma, el dolor físico, la locura y la adversidad: he ahí lo que él

interpretaba. Su sola salida a las tablas, el sonido sólo de su voz eran poderosamente trágicos. El dolor y el pensamiento se mezclaban sobre su frente, vivían en su inmovilidad, en su postura, en sus gestos, en sus pasos. Griego, llegaba respirando todavía el aire patrio desde las ruinas de Argos; inmortal Orestes, atormentado desde hacía tres mil años por las Euménides. Francés, venía de la soledad de Saint-Denis, donde las Parcas de 1793 habían cortado el hilo de la vida de ultratumba de los reyes. Triste, esperando alguna cosa desconocida, pero decretada ya por el injusto cielo, marchaba, empujado por el destino, inexorablemente encadenado entre la fatalidad y el terror.

El tiempo esparce una obscuridad inevitable sobre las obras maestras de la literatura dramática, envejecidas; su sombra, transportada, cambia en Rembrandt los más puros Rafaeles: sin Talma, buena parte de las maravillas de Corneille y de Racine hubieran pasado inadvertidas. El talento dramático es una antorcha; comunica su fuego a las demás medio apagadas, y hace revivir a los genios que os encantan con su rejuvenecido esplendor.

A Talma se debe la perfección de las maneras del teatro. Pero la verdad en la escena y el rigorismo en los trajes, ¿son tan necesarios al arte como se supone? Los personajes de Racine en nada dependen de la forma de sus vestidos; en los cuadros de los primeros pintores los fondos están descuidados y los trajes no son exactos. Los furiosos de Orestes o la profeta de Joad, leídas en una sala por Talma, de frac, hacían tanto efecto como declamadas en escena por Talma ataviado con la túnica griega o el traje hebreo. Ifigenia estaba vestida como la señora de Sevigné cuando Boileau dirigía estos versos a su amigo:

Ifigenia por Calchas inmolada,
No fué del pueblo griego reunido
En Aulis, más llorada
Que en nuestra escena Champmeslé lo ha sido.

Entre tanto concluía yo *El Genio del Cristianismo*. Luciano mostró deseos de ver algunas pruebas de esta obra; se las envié, y puse al margen algunas notas, aunque poco interesantes.

El éxito de mi gran libro fué tan brillante como el de la pequeña *Atala*; fué, sin embargo, más controvertido; era ésta una obra de tesis, que combatía los principios de la literatura y de la filosofía, no

por medio de una novela, sino con razones y con hechos. El imperio volteriano lanzó un grito y corrió a las armas. Madama de Staël se equivocó con respecto al porvenir de mis estudios religiosos: le llevaron la obra sin estar aún cortadas las páginas, pasó sus dedos por entre ellas, y tropezando casualmente con el capítulo *De la virginidad*, dijo al señor Adriano de Montmorency, que estaba a su lado: «¡Ah! ¡Dios mío! ¡El pobre Chateaubriand se va a hundir!» El abad de Boulogne, que tenía entre las manos algunos fragmentos de mi trabajo, antes de darlo a la prensa, respondió a un librero que le consultaba: «Si quiere usted arruinarse, no tiene más que imprimir ese libro.» Posteriormente el abad de Boulogne hizo un magnífico elogio de mi obra.

Y, en efecto, todo parecía anunciar entonces mi caída: ¿qué esperanza podía tener yo, sin nombre y sin partido, de destruir la influencia de Voltaire, que dominaba desde hacía más de medio siglo; de Voltaire, que había elevado el colosal edificio acabado por los enciclopedistas y consolidado por todos los hombres célebres de Europa? ¿Qué! ¿los Diderot, los d'Alembert, los Duclos, los Dupuis, los Helvetius, los Condorcet, eran talentos desnaturalizados? ¿Qué! ¿el mundo debía volver a la leyenda dorada, a renunciar a la admiración hacia las obras maestras de ciencia y de raciocinio? ¿Podría yo ganar una causa que no había podido salvar la misma Roma, armada con sus rayos y el clero con todo su poder? ¿Una causa defendida inútilmente por el arzobispo de París, Cristóbal de Beaumont, apoyado con los decretos del parlamento, con la fuerza armada y con el nombre del rey? ¿No era pretensión tan ridícula como temeraria para un hombre obscuro la de oponerse a un movimiento filosófico tan irresistible, que había producido una revolución? ¿Era cosa curiosa ver a un pigmeo extender sus pequeños brazos para ahogar los progresos del siglo, detener la civilización y hacer retroceder al género humano! A Dios gracias, bastaría una sola palabra para pulverizar al insensato: así fué, que el señor Ginguéné, maltratando *El Genio del Cristianismo* en la *Década*, decía que la crítica llegaba demasiado tarde, porque mi trabajo estaba ya olvidado. Decía esto cinco o seis meses más tarde de la publicación de una obra que el ataque de la Aca-

demia francesa en masa, con motivo de los premios decenales, no había conseguido derribar.

Entre las ruinas de nuestros templos vió la luz pública *El Genio del Cristianismo*. Los fieles se creyeron salvados: se experimentaba entonces una necesidad de fe, un ansia de consuelos religiosos, que provenía de la privación de estos consuelos por espacio de tantos años. Precipitábanse en la morada de Dios como se entra en la casa de un médico cuando se declara una peste. Las víctimas de nuestras revoluciones (¡y qué víctimas!) se refugiaban en el altar; aquellos naufragos se aferraban a la roca sobre la que esperaban hallar su salvación.

Bonaparte, que deseaba entonces fundar su poder sobre el más seguro cimiento de la sociedad, acababa de concluir sus tratados con la corte de Roma; no puso, por lo tanto, ningún obstáculo a la publicación de una obra útil a la popularidad de sus designios; teniendo que luchar contra los hombres que le rodeaban, y contra enemigos declarados del culto, tuvo la fortuna de ser defendido exteriormente por las opiniones que *El Genio del Cristianismo* anunciaba. Después se arrepintió de su engaño; las ideas monárquicas habían llegado con las religiosas.

Un episodio de *El Genio del Cristianismo*, que produjo menos ruido que *Atala*, ha determinado uno de los caracteres de la literatura moderna; por otra parte, si René no existiese, no lo volvería a escribir; si me fuese posible destruirlo, lo destruiría. Ha pululado una familia de Renés poetas y prosistas. No hay muchacho recién salido del colegio que no se haya creído alguna vez el más infeliz de los hombres; ni barbilampiño de diez y seis años que no haya gustado su vida y que no se haya creído atormentado por su genio; que no haya golpeado su pálida y desnuda frente, y que no haya admirado a los hombres afligidos por una desgracia cuyo nombre ignoraba él lo mismo que ellos.

En René presentaba yo una enfermedad de nuestro siglo; pero los novelistas tenían otra locura, que era la de haber pretendido hacer universales las aficciones aisladas. Los sentimientos generales que constituyen el fondo de la humanidad, la ternura paternal, la piedad filial, la amistad y el amor, son inagotables; pero las maneras particulares de sentir, las individualidades de espíritu y de ca-

rácter no pueden extenderse ni multiplicarse sino en grandes y multiplicados cuadros. Las fibras no descubiertas del corazón humano constituyen un campo muy limitado; nada queda que recoger en ese campo después que la primera mano lo ha segado. Una enfermedad del alma no es un estado permanente y natural: no se la puede reproducir, haciendo de ella una literatura especial, y sacando el partido que se saca de una pasión general, incesantemente modificada a voluntad de los artistas que la presentan, y que la varían de forma.

Sea como fuera, la literatura se coloró con las tintas de mis cuadros religiosos, de la misma manera que los negocios han conservado la fraseología de mis escritos en la Cité; *La Monarquía con arreglo a la Carta*, ha sido fundamento de nuestro gobierno representativo, y mi artículo de *El Conservador* sobre los intereses morales y los intereses materiales, ha legado estas dos denominaciones a la política.

Los novelistas me hicieron el honor de imitar a *Atala* y a *René*, ni más ni menos que el púlpito se apoderó de mis escritos sobre las misiones y sobre los beneficios del cristianismo. Los pasajes en que demuestro que al arrojar de los bosques a las divinidades paganas, nuestro culto extendido ha devuelto su soledad a la naturaleza; los párrafos en que trato de la influencia de nuestra religión en nuestra manera de ver y de expresar; en que examino los cambios que ha producido en la poesía y en la elocuencia; los capítulos dedicados a las investigaciones de los sentimientos inverosímiles introducidos en los caracteres dramáticos de la antigüedad, envuelven el germen de la crítica moderna. Los personajes de Racine, como ya he dicho, son y no son griegos; son personajes cristianos: esto es lo que no se había comprendido bien.

Si el efecto que produjo *El genio del Cristianismo* no hubiera sido una reacción contra las doctrinas, a las que se atribuían las desgracias de la revolución, hubiera cesado en cuanto desapareció la causa, y no se habría prolongado hasta hoy. Pero la acción de *El Genio del Cristianismo* sobre las opiniones no se limitó solamente a una resurrección momentánea de una religión que se creía al borde del sepulcro; la metamorfosis que se operó fué más intensa. Si había en la obra innovación de estilo, también había cambio de doctrinas; la esencia y la forma habían sufrido altera-

ción; el ateísmo y el materialismo no fueron desde entonces la base de las creencias o de la falta de creencias de la juventud; la idea de Dios y de la inmortalidad del alma volvió a recobrar su imperio: de aquí su alteración en el encadenamiento de las ideas que se ligan unas a otras. Ya no estaban retenidos en sus creencias por una preocupación anti-religiosa; desde entonces no se creyeron obligados a seguir siendo momias de una nada revestida de formas filosóficas; fué lícito examinar cualquier sistema, por absurdo que se considerara, aun cuando fuese el cristiano.

Además de los fieles que volvían a la voz de su pastor, siguieron, como consecuencia de este derecho de libre examen, otros fieles a priori. Presentad a Dios como principio, y el Verbo seguirá forzosamente; el Hijo nace del Padre.

El tono resuelto con que hablan algunos de todo esto sería inaguantable si no se atendiese a su falta de instrucción: se pagan de palabras cuya significación no conocen, creyéndose unos genios. Es preciso convenir en que Abelardo, San Bernardo, Santo Tomás de Aquino, han tenido en metafísica una superioridad de luces que nosotros no hemos alcanzado: que los sistemas sansimoniano, falansteriano, fourierista, humanitario, han sido encontrados y puestos en práctica por los herejes de todos los tiempos; que lo que se nos pretende vender por progresos y nuevos descubrimientos no son más que doctrinas envejecidas que se arrastran penosamente desde hace mil quinientos años en la escuela de la Grecia y en los colegios de la Edad Media. El mal está en que los primitivos sectarios no pudieron llegar a fundar su república neoplatónica cuando Galieno permitió a Plotino que hiciese un ensayo de ella en la Campaña; más tarde se cometió la injusticia de quemarlos cuando quisieron establecer la comunidad de bienes, hacer de la prostitución una institución sagrada, atreviéndose a sostener que una mujer no podía, sin hacerse criminal, negarse al hombre que, en nombre de Jesucristo, le pidiese una unión pasajera: no era menester más, según decían, para llegar a esta unión, que desprenderse del alma y ponerla en depósito por un instante en el seno de Dios.

El sacudimiento que *El Genio del Cristianismo* produjo en los espíritus hizo salir de su cauce al siglo XVIII, arrojándolo para siempre fuera de él: se comenzó

a estudiar el origen del Cristianismo: leyendo de nuevo a los Santos Padres (dado caso que se hubiesen leído antes), se admiraron de hallar tantos hechos curiosos, tanta ciencia filosófica, tantas bellezas de estilo de todos géneros, tantas ideas, que, con una degradación más o menos sensible, formaban el paso de la sociedad antigua a la sociedad moderna; única y memorable era de la humanidad, en que el cielo comunicó con la tierra al través de las almas encerradas en hombres de genio.

Al lado del ruinoso mundo del paganismo, se alzó en otro tiempo, como desde fuera de la sociedad, otro mundo, espectador de esos grandes acontecimientos; pobre, aislado, escondido, mezclándose en los asuntos de la vida tan sólo cuando necesitaba de sus lecciones o de su ayuda. Cosa sorprendente era ver aquellos primeros obispos, casi todos investidos con el sobrenombre de santos y de mártires; aquellos sencillos sacerdotes custodiando las reliquias y los cementerios; aquellos religiosos y ermitaños, en sus conventos o en sus cuevas, redactando tratados de paz, de moral, de caridad, cuando todo era guerra, corrupción y barbarie; yendo de los tiranos de Roma a los jefes de los tártaros y de los godos, para prevenir las injusticias de los unos a las crueldades de los otros, deteniendo ejércitos con una cruz de madera y una palabra de paz; los más débiles entre todos los hombres protegiendo al mundo contra Atila; colocados entre dos universos, sirviendo de vínculo entre ellos, para consolar los últimos momentos de una sociedad expirante y sostener los primeros pasos de una sociedad que nacía.

Era imposible que las verdades desarrolladas en *El Genio del Cristianismo* no contribuyesen al cambio de las ideas. De esta obra nació también el gusto actual por los edificios de la Edad Media. Yo fui quien hice admirar los antiguos templos al nuevo siglo. Si se abusó de mi opinión, si es cierto que nuestras catedrales no se han aproximado a la belleza del Partenón; si es falso que nuestros templos transmiten en sus documentos de piedra acontecimientos ignorados; si es una locura sostener que esas memorias de granito nos revelan secretos desconocidos de aquellos sabios benedictinos; si a fuerza de oír hablar de lo gótico fastidia ya, no es mía la culpa. Por otra

parte, respecto a la cuestión artística conozco bien lo que le falta a *El Genio del Cristianismo*: esta parte de mi obra es bastante defectuosa, porque en 1800 no conocía yo las artes; no había visto ni Italia, ni Grecia, ni Egipto. Tampoco he sacado todo el partido que se pudo haber sacado de las vidas de los santos y de las leyendas, que me ofrecían historias maravillosas: escogiendo entre estas con tino, se podía recoger una abundante cosecha. Este inmenso campo de riqueza y de imaginación de la Edad Media, sobrepuja en fecundidad a la metamorfosis de Ovidio y a las fábulas milisianas. Hay también en mi obra juicios dudosos o falsos, tales como el que emité respecto a Dante, a quien he rendido después el debido homenaje.

El éxito favorable de *Atala* me había embelesado, porque mi alma era joven aún: el de *El Genio del Cristianismo* me fué doloroso; porque me vi obligado a sacrificar mi tiempo a correspondencias cuando menos inútiles y a felicitaciones incómodas. Añádanse a esto los sobresaltos con que las musas se complacen en afligir a los que a su culto se dedican, los inconvenientes de un carácter fácil, la ineptitud para la fortuna, la pérdida del reposo, un genio desigual, unas aficciones más vivas, tristezas sin motivo, alegrías sin causa. ¿Quién desearía, si estuviese en su mano, comprar con estas condiciones las ventajas inciertas de una reputación que no está seguro de obtener, que le disputarían durante su vida, que la posteridad no asegurará, y a la que la muerte os ha de hacer extraño para siempre?

Un rasgo característico de la escuela imperial, y aun de la escuela republicana, es digno de mención; en tanto que la sociedad avanzaba hacia el mal o hacia el bien, la literatura permanecía estacionaria; ajena al cambio de estas ideas, no pertenecía a su tiempo. En la comedia, los señores de pueblo, los Colin, los Babet o las intrigas de esa sociedad, que ya era desconocida, se presentaban (como antes dije) ante hombres toscos y sanguinarios, destructores de las costumbres, cuyo cuadro se les ofrecía; en la tragedia, un público plebeyo se ocupaba de las familias de los nobles y de los reyes.

Dos cosas detenían a la literatura del siglo XVIII: la impiedad que conservaba de Voltaire y de la revolución, y el despotismo con que la gobernaba Bonaparte.

La más leve independencia parecía una rebelión a su poder; detestaba del mismo modo la rebelión de las palabras y de las ideas que de la fuerza armada. Suspendió el *Habeas corpus*, tanto por el pensamiento como por la libertad individual. Verdad es que es preciso confesar que el público, fatigado de la anarquía, sufría gustoso el yugo de las reglas.

La literatura que representaba la nueva era no ha reinado sino cuarenta o cincuenta años después del tiempo en que ella formaba el idioma. Durante este medio siglo no se había empleado sino por la oposición. Madama de Staël, Benjamín Constant, Lemerrier, Bonalt, yo, fuimos los primeros que hablaron esta lengua. El cambio de la literatura de que se vanagloria el siglo XIX, tiene su origen en la emigración y en el destierro; el señor de Fontanes fué quien cobijó esas aves de otra especie que la suya, porque, remontando al siglo XVII, había tomado el poder de ese tiempo fecundo y perdido la esterilidad del XVIII. Una parte del espíritu humano, la que trata de las materias transcendentales, progresó únicamente con un paso igual al de la civilización; por desgracia, la gloria del saber no se vió libre de lunares: los Laplace, los Lagrange, los Monge, los Chaptal, los Berthollet, todos estos prodigios, acérrimos demócratas en otra época, se hicieron los más sumisos servidores de Napoleón. Debemos decirlo en honor de las letras: la nueva literatura fué libre, la esencia esclava; el carácter no correspondió al genio, y aquellos cuyo pensamiento se había elevado al más alto cielo, no pudieron elevar su alma sobre los pies de Bonaparte: afirmaban no tener necesidad de Dios, sin duda porque necesitaban un tirano.

Bonaparte quiso que los hombres de la revolución no se presentaran en la corte sino de uniforme y con la espada al lado. No se veía a la Francia de la época; aquello no era orden, sino disciplina. Nada más enojoso que aquella pálida resurrección de la literatura de otros tiempos. Aquella calma fría, aquel anacronismo improductivo, desapareció cuando la nueva literatura apareció con estrépito, impulsada por *El Genio del Cristianismo*. La muerte del duque de Enghien tuvo para mí la ventaja, al dejarme aislado, de permitirme que siguiera en medio de la soledad mi propia inspiración, e impedirme que me alistase en la infantería regular del viejo Pindo: mi li-

bertad moral la debo a mi libertad intelectual.

En el último capítulo de *El Genio del Cristianismo* examino lo que hubiese sido del mundo si no se hubiera predicado la fe en la época de la invasión de los bárbaros: en otra parte llamo la atención sobre un trabajo importante, que aun he de hacer, sobre los cambios que el cristianismo produjo en las leyes después de la conversión de Constantino.

Suponiendo que la creencia religiosa existiese tal como en el momento en que escribo estas líneas, si *El Genio del Cristianismo* estuviese aún por hacer, lo arreglaría de muy diferente modo: en vez de enumerar los beneficios y las instituciones de nuestra religión en el tiempo pasado, demostraría que el cristianismo es el pensamiento del porvenir y de la libertad humana; que este pensamiento Redentor y Mesías, es la única base de la igualdad social; que él sólo la puede establecer porque coloca al lado de esta igualdad la impreindibilidad del deber corruptivo que regula el instinto democrático. La legalidad no es bastante para contener, porque no puede ser permanente; ésta busca su fuerza en la ley; pero la ley es la obra de los hombres, que pasan y varían. Una ley no es siempre obligatoria; puede en todo tiempo ser modificada por otra ley: no sucede así con la moral, que es invariable: lleva su fuerza en sí misma, porque emana del orden inmutable: ella tan sólo puede dar la estabilidad.

Demostraría que en todos los puntos en que ha dominado el cristianismo ha cambiado las ideas, ha rectificado las nociones de lo justo y de lo injusto, substituyendo la afirmación a la duda, y ha encerrado en sus doctrinas y preceptos la humanidad entera. Trataría de adivinar la distancia a que nos encontramos aún del total cumplimiento del Evangelio, calculando el número de males destruidos y de mejoras operadas en los diez y ocho siglos transcurridos del lado de acá de la cruz. El cristianismo obra con lentitud, porque obra en todas partes a un tiempo; no se asocia a la reforma de una sociedad particular; labora sobre la sociedad en general; su filantropía se extiende a todos los hijos de Adán; lo presenta con una maravillosa sencillez en las oraciones más usuales y en sus votos cotidianos, cuando dice al pueblo congregado en el templo: «Rogemos por todo cuanto padece sobre la tierra.»

Aun cuando *El Genio del Cristianismo* no hubiera dado origen a estas investigaciones, me felicitaría de haberlo publicado; falta saber aún, si en la época de la aparición de este libro, otro *Genio del Cristianismo* desarrollado sobre el nuevo plan cuyo diseño indico, hubiera obtenido el mismo resultado. En 1803, cuando nada se concedía a la antigua religión, cuando era blanco del desprecio, cuando todavía no se conocía la primera palabra de la cuestión, ¿se hubiera recibido bien el hablar de la libertad futura descendiendo del calvario, estando los espíritus destrozados por los excesos de la libertad de las pasiones? ¿Hubiera consentido Bonaparte una obra semejante? Era útil a mí entender excitar el sentimiento, interesar la imaginación en una causa tan desconocida, atraer las miradas sobre el objeto despreciado, hacerlo agradable, antes de pasar a demostrar su importancia, su poder y su utilidad.

Ahora, en la hipótesis de que mi nombre deje algunas huellas, lo debería, sin duda, a *El Genio del Cristianismo*; sin hacerme ilusiones sobre el valor intrínseco de la obra, le reconozco un valor accidental; llegó a tiempo oportuno. Si la influencia de mi trabajo no se ciñese al cambio que de cuarenta años acá ha producido en las actuales generaciones; si todavía sirviese para reanimar en los que han llegado más tarde una chispa de las verdades civilizadoras de la tierra; si el leve síntoma de orden que se cree notar se mantuviese en las generaciones futuras, me iría lleno de esperanza en la divina misericordia.

Revisado en diciembre de 1846.

París, 1837.

AÑOS DE MI VIDA 1802 Y 1803. — CASAS SOLARES. — LA SEÑORA DE CUSTINE, EL SEÑOR DE SAINT-MARTIN. — LA SEÑORA DE HOUDETOT Y SAINT-LAMBERT.

Mi vida habitual se alteró completamente desde el momento en que dejé de disponer de ella en absoluto. Adquirí nuevas relaciones, y fui llamado a varias casas solares que volvían a establecerse. Se vivía como se podía en aquellos edificios medio desmantelados, medio restaurados, en cuyos salones el desvencijado sillón de épocas pasadas figuraba al lado de la moderna butaca. Sin embargo, algunos de esos edificios habían podido conservarse intactos, entre ellos el llamado del Marais, que pertenecía a la señora